

Catherine Millet

Celos

La otra vida de Catherine M.

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Jour de souffrance

© Flammarion

París, 2008

*Ouvrage publié avec le concours du Ministère français
chargé de la culture-Centre National du Livre*

*Publicado con la ayuda del Ministerio francés
de Cultura-Centro Nacional del Libro*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto © (RMFA)-archivio Balocchi, Firenze / ALINARI Archives,
Florence

Primera edición: febrero 2010

Primera edición impresa en Argentina: septiembre 2015

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2010

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2010

Pedro de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7527-0

Depósito Legal: B. 270-2010

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina

Arcángel Maggio División Libros - Buenos Aires

RESUMEN

Si uno no cree en la predestinación, tiene al menos que admitir que las circunstancias de un encuentro, que por comodidad atribuimos al azar, son de hecho el resultado de una incalculable serie de decisiones tomadas en cada encrucijada de nuestra vida y que secretamente nos han orientado hacia él. No se trata de que hayamos buscado, ni siquiera deseado, aunque sea en el fondo de nuestro inconsciente, todos nuestros encuentros, incluso los más importantes. Más bien, cada uno de nosotros actúa como un artista o un escritor que construye su obra mediante una sucesión de elecciones; un gesto o una palabra no determinan indefectiblemente el gesto o la palabra que sigue, sino que, al contrario, obligan a su autor a una nueva elección. Un pintor que ha dado una pincelada de rojo puede optar por extenderla yuxtaponiendo otra de violeta; puede hacerla vibrar con un trazo de verde. A fin de cuentas, por más que se haya puesto a trabajar con una idea del cuadro en la cabeza, la suma de to-

das las opciones que haya escogido, sin haberlas previsto todas, producirá un resultado distinto. De este modo dirigimos nuestra vida, por medio de un encadenamiento de actos más deliberados de lo que estamos dispuestos a reconocer –porque sería un fardo excesivamente pesado asumir toda la responsabilidad de los mismos–, y que sin embargo nos ponen en el camino de personas que no pensamos que se dirigían hacia nuestro encuentro desde hacía tanto tiempo.

¿De qué manera la figura de Jacques se inscribió por primera vez en mi campo de visión? Sería incapaz de decirlo. Por lo demás, ya he contado que lo que me cautivó fue el tono de su voz, escuchado a través del doble eco de una cinta magnética (era una grabación...) y del teléfono (a través del cual me transmitían esa grabación). En cambio, no he conservado de él en mi memoria un recuerdo de su llegada a mi vida. Hecho curioso, puesto que soy una persona dotada de una excelente memoria visual, mientras que no poseo el menor oído. Quizá precisamente porque lo tengo poco ejercitado conseguí aislar una de las raras ocasiones en que fue sensible; mi vista, por el contrario, está tan solicitada y se concentra con facilidad en tantos detalles, a veces, se diría, sin discernimiento, que suelo compararme con esos locos que no pueden seleccionar y ordenar las señales visuales que les llegan del mundo exterior. Por eso mi primera imagen relacionada con Jacques es una *Gestalt*, y su presencia es como una masa oscura, densa, indisociable de un espacio más claro, blanco o más bien de color crema, exiguo,

delimitado en su profundidad –de esto me acuerdo perfectamente– por una plancha clavada en la pared, que servía de superficie de trabajo, y una puerta que daba acceso a unos servicios.

Debo decir que estábamos obligados a concentrarnos en una página de catálogo donde figuraba un texto suyo y en la que debíamos corregir una errata. Trabajamos varias horas, sentados uno al lado del otro en el estrecho local. Vuelvo a ver la página, el texto impreso con caracteres que imitan los de una máquina de escribir. Vuelvo a ver igualmente, en casa del amigo adonde me ha llevado a cenar después de una sesión aburrida, la cama que servía de sofá y sobre la cual se prolongaba la velada; incluso todavía distingo la cara de uno o dos de los demás invitados. Pero lo que diferencia en aquel momento a la persona de Jacques no es tampoco su imagen, sino el gesto tan discreto que tuvo, el roce de mi muñeca con el reverso de su dedo índice. Las condiciones de este recuerdo me permiten constatar un fenómeno que he observado en los momentos en que se moviliza el placer carnal: mi mirada parece prestar más atención al entorno que al objeto mismo de mi deseo. De hecho, es un reflejo que todo el mundo tiene en sociedad para despistar, y que añade al placer del contacto el del disimulo: clavamos intensamente la mirada en la del vecino de la derecha para ocultar mejor que el de la izquierda nos acaricia el muslo por debajo de la mesa. Pero ¿no sucede también que la deleitación de un sentido nos vuelve generosos y que, en aquel caso, mientras mi piel percibía el contacto de una mano de hombre de una

dulzura cuyo equivalente yo no conocía ni conocería, bien podían mis ojos consagrar toda su curiosidad a sus amigos?

La imagen aparece lentamente en el fondo de la cubeta de revelado de los recuerdos. Me acuerdo sin vacilación de la postura de nuestros cuerpos a la mañana siguiente en la cama de Jacques, mientras una voluble exposición de nuestra persona social, como ocurre a menudo en estas circunstancias, sustituía a la exposición precipitada de nuestras personas físicas, y aunque aún soy capaz de evaluar el nivel de la claridad de la luz en la habitación durante aquel intercambio, sólo en recuerdos más tardíos veo afirmarse su silueta y dibujarse los rasgos de su rostro.

Es significativo que en los recuerdos que se remontan a una época en que nuestra relación es asidua y está ya establecida, esta imagen no sea una visión cercana, que podría ser el dibujo de su cara, con la expresión de sus ojos o de su boca, sino en principio un plano general: por ejemplo, le veo estacionar la moto en la acera de enfrente y le observo todo el tiempo que tarda en cruzar la calle, veo cómo su cuerpo se destaca de la ola oscilante de los demás transeúntes y se acerca a la terraza del café donde le espera un grupo del que formo parte. Me parece que es entonces cuando advierto el rectángulo alargado muy ligeramente y bastante regular de la cabeza, tanto más visible porque tiene el pelo corto y su cráneo comienza a despoblarse. Concuerdá con esta geometría el busto fornido—los hombros, la cintura, los flancos parecen tener casi

la misma medida—, acentuado por la camisa holgada. Dicho de otro modo, para que sus rasgos se grabasen en mí necesitaba tomarme tiempo y un poco de distancia, en sentido estricto, como esos pintores que trabajan a la antigua y retroceden unos pasos para apreciar mejor su motivo, sus relaciones de proporción con el entorno y sus efectos de contraste.

No tenía, por tanto, un láser en lugar de unos ojos que, traspasando la niebla del mundo, recortara inmediatamente la figura de Jacques Henric. Por más que hubiera conservado de la infancia la costumbre de fantasear, mi imaginación sabía cuál era su umbral, y nunca habría transferido a mi vida la imagen ideal de un hombre al que hubiera imaginado y después proyectado en los rasgos de un hombre conocido. Yo tenía veinticuatro años; había nacido en un barrio de la periferia parisina, en un medio sin muchas perspectivas y del que había huido a los dieciocho con el único equipaje de mis lecturas; tenía, por tanto, necesidad de ampliar la realidad y me entregaba a la excitación de descubrir nuevos ambientes, al igual que otros, en aquel mismo momento, se lanzaban con la mochila a las carreteras. Los mochileros no se desprendieron de la mochila enseguida. Del mismo modo, mi ojo tenía que «fotografiar» muchos grupos antes de que naciera el deseo de rodear con un círculo una de las cabezas que aparecían en ellos. Los fórmulas románticas no eran para mí; siguen sin serlo y nunca diré que reconocí a Jacques entre mil; no, más bien hacía falta conocer a mil para saber que con él se trataba de una relación anclada en un sentimiento cuya naturaleza y

perennidad no eran comparables con otras. Tal como hacemos delante de un cuadro que oculta una anamorfosis y que, al primer vistazo, parece banal, sólo intrigante, buscando el punto de vista exacto del que emergerá, a partir de varios elementos dispersos, y gracias a las leyes ópticas, un objeto coherente que nos maravilla, primero yo debía elegir mis referencias en la vida para, tras haber espigado visiones diferentes de un hombre en circunstancias que no le destacaran especialmente, reunir las y ver perfilarse en mi camino al hombre que me conmovió como ningún otro.

Por parte de Jacques, hubo aquel gesto, tan poco demostrativo, de la caricia apenas perceptible de su dedo doblado. Por mi parte, no tengo el recuerdo de un movimiento especial. Después de la cena le acompañé a su casa. ¿Tuvo que mostrarse más explícito para que yo me sintiera invitada? No es seguro. Por entonces yo vivía así. No he conservado rastro del trayecto entre el apartamento del amigo que nos había invitado y el estudio donde vivía Jacques. ¿Los viajeros se interesan todavía por la mitad de su trayecto? En el proyecto que albergo, en estas primeras páginas, de recordar las condiciones de mi encuentro con el hombre con quien comparto mi vida, lo que me viene a la memoria es el comienzo del viaje, atrás, muy lejos. El vivo inicio del movimiento cuya onda lejana es el hecho de acompañar a Jacques aquella noche; una carrera a través de un jardín de la que voy a referir las circunstancias.

Yo era una adolescente. Ya he dicho que me gustaba la lectura, pero era muy mala alumna en mate-

máticas y recibía clases particulares en casa de una compañera que tenía las mismas dificultades. Resultó que el joven que nos daba clase escribía poemas e incluso había fundado con un grupo de amigos una pequeña revista. Cuando llegó el día de la última clase, nos despedimos en el umbral del chalecito donde vivía la familia de mi amiga. Sospecho que mi memoria ha exagerado el tiempo que invertí en subir el sendero del jardín hasta la verja, porque aún hoy me parece que allí surgió el primer gran dilema de mi vida. Un dilema prolonga el tiempo. Es una tortura que se toma el tiempo de extraer de la conciencia y examinar argumentos contradictorios, y repasar unos y otros para reforzarlos. Por primera vez, estaba a punto de poder decir a alguien que comprendiese su significación vital que yo también escribía; el hálito de esta palabra ascendía en mi interior y su liberación se hacía tan necesaria como si, tras una apnea excesivamente larga, tuviera que recuperar imperiosamente la respiración. Yo era crédula, estaba convencida de que un destino se juega, como había leído y como quizá me habían enseñado, en el encuentro fortuito pero decisivo con una persona mayor, en una palabra suya que sería profética; tenía en la cabeza este género de relatos míticos de los que mucho más tarde la obra erudita y deliciosa de Ernst Kris y Otto Kurz, *La leyenda del artista*, me demostraría los resortes retóricos y la recurrencia a través de la historia... Al mismo tiempo, me frenaba una vergüenza púber. Iba a hacer el ridículo delante del chico y también de mi amiga. Los dos pensarían que había ideado esa estratagema para se-

guir en contacto con él: además de ser bueno en matemáticas y poeta, era muy guapo. Los prejuicios dictarían que me empujaba más el deseo de salir con él que el gusto por la literatura. O, peor aún, iban a tomarme por una colegiala enamorada que considera elegante desahogarse en versos. Bien es verdad que yo sabía que este gusto databa de mucho antes de conocer al profesor, y que lo que yo escribía no tenía relación con él, pero sin duda ya había en mí una especie de lucidez subliminal (la que surge muy pronto en quien desea escribir —y que quizá preside ese deseo— para encontrarse de entrada en una posición de testigo, incluso de sí mismo), en virtud de la cual sentía que esta sospecha no era tampoco completamente infundada. Mi voluntad de encontrar en los libros, en las obras de arte, el acceso a una forma de vida distinta de la que me ofrecían las condiciones de mi medio familiar era muy vigorosa, pero una clarividencia incipiente me indicaba ya el punto en que la seducción ejercida por el profesor de matemáticas mermaba insensiblemente aquel vigor. Al menos así lo interpretaba yo a la edad en que nos atenemos a la pureza de nuestras aspiraciones.

Pero es la edad también en que el futuro es todavía algo soñado, soñado a partir de las oportunidades milagrosas que le reserva nuestro imaginario, cuando la vida aún no ha tenido tiempo de enseñarnos que podemos orientarlo hacia ocasiones menos perfectas pero más numerosas y diversas. Yo no preveía que una oportunidad tan extraordinaria pudiera volver a presentarse. Cuando puso la mano en el

picaporte de la puerta de hierro, le llamé y me precipité hacia él.

Los hechos se cumplieron. Pregunté si podía verle para darle cosas que leer. Me dio cita. Tenía un aire atento y no manifestaba sorpresa. Lo cual yo interpreté como una ligera lasitud, como si él supiese de antemano lo que iba a pedirle y, por debajo de su benevolencia, me reprochase que mi titubeo le hiciera perder el tiempo. Volví donde mi amiga, que tampoco tenía expresión de asombro ni hizo preguntas. Así que yo podía tomar, en un lapso muy corto, al precio de un debate interior tanto más intenso, la decisión más importante de mi vida y los que me rodeaban no se inmutaban. ¿Aquello había pasado inadvertido? ¿O bien, como me habían visto hacerme la interesante tan a menudo, exponiendo ideas singulares, absurdas, o como tenía la costumbre de embellecer las historias, me habían ya colocado en la categoría de los originales, esa especie de esclusa entre la sociedad familiar y la de los artistas? Esta falta de reacción me intrigó mucho. Alimentó la interrogación, para mí inevitable, sobre el papel que iba a desempeñar en la sociedad y que buscaba vagamente bosquejar, y sobre cómo lo verían los demás.

Algunos, ya escriban obras de imaginación o de reflexión, se han visto conducidos a este trabajo por el puro amor a los libros. No es mi caso. En mí, este amor nunca ha sido absoluto. Está mezclado con el deseo de vivir en un mundo distinto del medio originario que nutrió mi organismo, y cuya sola extensión

habría podido medirse con la de la mesa del comedor extensible, desplegada para mi primera comunión y la de mi hermano, así como con ocasión de algunas recepciones del día de Año Nuevo y de algunos cumpleaños, envuelta con las conversaciones adecuadas al acontecimiento. No soy yo la que me burlaría de este tópico: el poder de evasión de la literatura. La rue Philippe-de-Metz, en Bois-Colombes, donde nací, donde pasé mi infancia y mi adolescencia, tiene la extraña configuración de una fortaleza rectilínea en medio de una barriada de casas individuales. Corta, estrecha, se compone de inmuebles de ladrillo altos y robustos, casi idénticos. Por casualidad, el segundo apartamento que habíamos ocupado estaba en el séptimo y último piso y yo leía cerca de una ventana que daba a un patio, sin nada enfrente. La huida hacia otras comarcas y otras épocas requiere la facultad de abrazar la movilidad de los héroes, y a veces la de los autores. Lo que yo captaba de los medios artísticos y literarios, desde la altura de mi séptimo piso, estaba en *Lecture pour tous* y *Paris-Match*, y uno de los modelos contemporáneos al que tuve acceso fue el de Françoise Sagan, joven, célebre, que se parecía a sus personajes, conducía automóviles deportivos, y a quien había visto un día en la televisión explicando en una entrevista que, en una velada mundana, se disimula un bostezo dando un trago de whisky o una calada al cigarrillo.

No salí nunca con el poeta que en realidad daba clases de matemáticas, porque estaba casado y era padre de una niña. Pero le vi algunas veces; nos encontramos en un café y, siempre con la misma atención

un poquito distante, impartía pequeños consejos, reflexiones. Un día en que no pudo acudir, o que prefirió alegar que no podía, envió a un amigo para disculparse. Quizá la segunda decisión más importante de mi vida fue aceptar la invitación de este último, pero esta vez ignorando las consecuencias. El amigo no era guapo ni poeta, pero estaba disponible. Del grupo congregado en torno a la revista de poesía era el más liberado de las trabas universitarias y familiares, y disponía de independencia económica; era un chico emprendedor, su función en el grupo consistía en depositar los ejemplares en las librerías y recoger el dinero de las ventas. Cuando llegó el momento de añadir a la actividad editorial la de una galería de arte, Claude se sintió designado de una forma natural como el más idóneo y libre para hacerse cargo de ello. La revista dejó de publicarse, mientras que la galería prosperaba. En ella pasé algunas horas corrigiendo el catálogo en compañía de Jacques. Vivía con Claude desde hacía cuatro años y medio.

El álbum de imágenes de nuestra memoria se organiza de acuerdo con un orden, proporciones, recurrencias que a menudo nos sorprenden y a veces nos sitúan en una posición falsa con respecto al relato que construimos con nuestra vida. La silueta de Claude, tal como se ofreció a mi mirada la primera vez, es claramente más precisa que la de Jacques. Su porte era un poco rígido, casi solemne, y aunque le veo a contraluz, percibo su expresión cuando se presenta: «No me conoce... Soy un amigo de Patrick que...» Me explora con la mirada. Me ve con la luz fuerte y dorada

porque es primavera y entra por una vidriera que ocupa toda la altura del hueco de la escalera. Claude tiene coche, puede decidir, si le apetece, conducir de noche hasta el mar. Perdí la virginidad al final de una excursión así. Durante los primeros años que pasamos juntos, Claude condujo mucho: íbamos a ver la Bienal de Venecia, la Documenta de Cassel, el Prospect de Düsseldorf. Había exposiciones en toda Europa: en Berlín, en Colonia, en Roma, en Turín, en Nápoles; nos desplazábamos para ver una en la Wide White Space Gallery de Amberes o en la Konrad Fischer de Düsseldorf. En 1972, Claude abrió una segunda galería en Milán, adonde yo le acompañaba con frecuencia porque colaboraba con la revista *Flash Art*, cuyo director era uno de esos amigos-amantes con los que tuve una relación duradera en esa época. Me gustaba tanto vivir entre dos ciudades como pasar de un hombre a otro.

La tercera decisión fue un acto de compromiso contraído para mucho tiempo, aunque en el momento pudiera parecer improvisada o asemejarse a un desafío aceptado al vuelo. Concha ligera que remonta a la superficie porque han removido de repente fondos que han permanecido largo tiempo inmóviles, fue una palabrita nimia, de las que se pronuncian sin pensarlo, pero que ha aflorado después de mucha inhibición, que se refiere a un detalle prosaico y cotidiano pero que va a decidir tu vida. Vivía con Claude antes de haber terminado el bachillerato. La autonomía moral que otorgan al instante las primeras relaciones sexuales, y también las incursiones en un estilo de vida en

que yo descubriría que el porvenir podía improvisarse, me habían liberado, de facto y simultáneamente, de las disciplinas familiar y escolar. Mi madre forzosamente se inquietaba por el modo en que yo me ganaría la vida. Un día que pasé por la rue Philippe-de-Metz a coger un Tupperware o quizá ropa interior limpia, le respondí espontáneamente, sin haber pensado antes en ello, y simplemente porque pensé que podía satisfacerla de momento, que iba a enviar artículos sobre arte a revistas. Ella fingió que lo creía viable. Yo, sin embargo, sabía bien que esto no podía aportar dinero suficiente, y sin haberlo previsto me vi comprometida por esa respuesta, arrastrada por mi audacia. Por primera vez mencionaba mi voluntad de escribir ante alguien distinto de los jóvenes idealistas que publicaban una revista de poesía confidencial, y fui aun más allá de la confidencia al inscribir esta voluntad dentro de una perspectiva social: sería mi oficio. Lo que sólo debía ser una palabra destinada a tranquilizar a una madre preocupada, y a dejar que su hija se marchara libremente, impaciente por reunirse con su joven amante, objetivaba un deseo quizá tan poderoso como el que impulsaba a esa hija hacia su amante, y que había quedado oculto porque era mucho más enigmático, más difícil de explicar. Años antes, para reconfortarme, había copiado una frase de Balzac: «Nada forja tanto un carácter como un disimulo constante dentro de la familia.» Lo que yo disimulaba entonces eran precisamente los cuadernos donde anotaba citas, poemas de mi cosecha, bosquejos de novelas. En adelante, escribir no sería ya una ac-

tividad secreta, casi vergonzosa, sino asumida a ojos de todos y, más que normal, curiosa, original. Cuando me preguntasen qué hacía, respondería: «Crítica de arte.» Se sorprenderían, me dejarían en paz.

Cuando abrió la galería, Claude había ido a la redacción del semanario que dirigía Aragon, *Les Lettres françaises*, para presentarse, y se había hecho amigo de algunos colaboradores, entre ellos Georges Boudaille, responsable de las páginas de «arte». A él le llevé mi primerísima reseña de una exposición. Los redactores jefe aprecian a los principiantes a los que pueden encargarse los trabajos de los que ya no quieren ocuparse los demás periodistas, pero que también están al acecho de temas nuevos. De este modo me introduje no sólo en las páginas de *Les Lettres françaises*, sino en las de numerosas revistas que se crearon en la época, como especialista del arte conceptual cuyas especulaciones intelectuales me convenían. Claude compartió este interés durante algunos años, y el catálogo del que hubo que corregir la errata con Jacques era el de la primera exposición de arte conceptual que se hizo en París.

Me faltaba madurez, por supuesto, el día en que tan dramáticamente había vivido mi vacilación antes de abordar al atractivo profesor poeta, para comprender que mi intuición era fundada. Las vías que siguen nuestros transportes interiores, pasiones intelectuales y sexuales, son tangibles y permeables. No siempre, pero es frecuente. Si entonces hubiera podido retroceder algunos años, quizá me habría percatado de que mi imaginario estaba ya impregnado de esta mezcla.